

TÚ NO LA CONOCES.
ELLA A TI, SÍ.



LA
CHICA
DEL
TREN

PAULA HAWKINS

 Planeta

FRAGMENTO
DE LA
NOVELA

PAULA HAWKINS

LA CHICA DEL TREN

Traducción de Aleix Montoto

 Planeta

EDICIÓN NO VENAL

Extracto

Título original: *The Girl on the Train*

© Paula Hawkins Limited, 2015

© por la traducción, Aleix Montoto, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición de la obra completa: junio de 2015

ISBN de la obra completa: 978-84-08-14147-1

Composición: Víctor Igual, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Para Kate

Está enterrada debajo de un abedul, cerca de las viejas vías del tren. Un mojón —en realidad, poco más que una pila de piedras— señala su tumba. No quería que su lugar de descanso llamara la atención, pero tampoco podía dejarla sin ningún recordatorio. Ahí dormirá en paz, sin que nadie la moleste, sin ruidos salvo el canto de los pájaros y el rumor de los trenes.

Una por la pena, dos por la alegría, tres por una chica.
Tres por una chica. Me he quedado atascada en el
tres, soy incapaz de seguir.¹ Tengo la cabeza llena de
ruidos y la boca llena de sangre. Tres por una chica.
Oigo las urracas, están riéndose, burlándose de mí.
Oigo su estridente carcajada. Una noticia. Malas no-
ticias. Ahora puedo verlas, sus siluetas negras se re-
cortan contra el sol. Los pájaros no, otra cosa. Alguien
viene. Alguien me está hablando. «Mira. Mira lo que
me has hecho hacer.»

1. «Una por la pena, dos por la alegría, tres por una chica»: inicio de una conocida nana tradicional basada en las supersticiones sobre las urracas que existen en algunas culturas. (*N. del t.*)

RACHEL

Viernes, 5 de julio de 2013

Mañana

Hay una pila de ropa a un lado de las vías del tren. Una prenda de color azul cielo —una camisa, quizá—, mezclada con otra de color blanco sucio. Seguramente no es más que basura que alguien ha tirado a los arbustos que bordean las vías. Puede que la hayan dejado los ingenieros que trabajan en esta parte del trayecto, suelen venir por aquí. O quizá es otra cosa. Mi madre solía decirme que tenía una imaginación hiperactiva; Tom también me lo decía. No puedo evitarlo, veo estos restos de ropa, una camiseta sucia o un zapato solitario, y sólo puedo pensar en el otro zapato, y en los pies que los llevaban.

El tren se vuelve a poner en marcha con una estri-

dente sacudida, la pequeña pila de ropa desaparece de mi vista y seguimos el trayecto en dirección a Londres con el enérgico paso de un corredor. Alguien en el asiento de atrás exhala un suspiro de impotente irritación; el lento tren de las 8.04 que va de Ashbury a Euston puede poner a prueba la paciencia del viajero más experimentado. El viaje debería durar cincuenta y cuatro minutos, pero rara vez lo hace: esta sección de las vías es antigua y decrépita, y está asediada por problemas de señalización e interminables trabajos de ingeniería.

El tren sigue avanzando poco a poco y pasa por delante de almacenes, torres de agua, puentes y cobertizos. También de modestas casas victorianas con la espalda vuelta a las vías.

Con la cabeza apoyada en la ventanilla del vagón, veo pasar estas casas como si se tratara del *travelling* de una película. Nadie más las ve así; seguramente, ni siquiera sus propietarios las ven desde esta perspectiva. Dos veces al día, sólo por un momento, tengo la posibilidad de echar un vistazo a otras vidas. Hay algo reconfortante en el hecho de ver a personas desconocidas en la seguridad de sus casas.

Suena el móvil de alguien; una melodía incongruentemente alegre y animada. Tardan en contestar y sigue sonando durante un rato. También puedo oír cómo los demás viajeros cambian de posición en sus asientos, pasan las páginas de sus periódicos o teclean en su ordenador. El tren da unas sacudidas y se bam-

bolea al tomar la curva, y luego ralentiza la marcha al acercarse a un semáforo en rojo. Intento no levantar la mirada y leer el periódico gratuito que me dieron al entrar en la estación, pero las palabras no son más que un borrón, nada retiene mi interés. En mi cabeza, sigo viendo esa pequeña pila de ropa tirada a un lado de las vías, abandonada.

Lunes, 8 de julio de 2013

Mañana

Es un alivio estar de vuelta en el tren de las 8.04. No es que me muera de ganas de llegar a Londres para comenzar la semana. De hecho, no tengo ningún interés en particular por estar en Londres. Sólo quiero reclinar-me en el suave y mullido asiento de velvetón y sentir la calidez de la luz del sol que entra por la ventanilla, el constante balanceo del vagón y el reconfortante ritmo de las ruedas en los raíles. Prefiero estar aquí, mirando las casas que hay junto a las vías, que en casi ningún otro lugar.

Aproximadamente a medio camino de mi trayecto, hay un semáforo defectuoso. O, al menos, creo que está defectuoso, pues casi siempre está en rojo. La mayor parte de los días nos detenemos en él, a veces unos

pocos segundos, otras durante minutos. Cuando voy en el vagón D —cosa que normalmente hago— y el tren se detiene en este semáforo —cosa que acostumbra hacer—, puedo ver perfectamente mi casa favorita de las que están junto a las vías: la del número 15.

La casa del número 15 es muy parecida a las demás casas que hay en este tramo de las vías: una casa adosada victoriana de dos plantas, con un estrecho y cuidado jardín que se extiende unos seis metros hasta la cerca, más allá de la cual hay unos pocos metros de tierra de nadie antes de llegar a las vías del tren. Conozco esta casa de memoria. Conozco todos sus ladrillos, el color de las cortinas del dormitorio del piso de arriba (beis, con un estampado azul oscuro), los deschuchados de la pintura que hay en el marco de la ventanilla del cuarto de baño y las cuatro tejas que faltan en una sección del lado derecho del tejado.

También sé que a veces, en las cálidas tardes de verano, los ocupantes de esta casa, Jason y Jess, salen por la ventana de guillotina para sentarse en la terraza que han improvisado sobre el tejado de la extensión de la cocina. Se trata de una pareja perfecta. Él es moreno y fornido. Parece fuerte, protector y amable. Tiene una gran sonrisa. Ella es una de esas mujeres pequeñas como un pajarillo, muy guapa, de piel pálida y pelo rubio muy corto. La estructura ósea de su rostro le permite llevarlo así: prominentes pómulos salpicados de pecas y marcada mandíbula.

Mientras estamos parados en el semáforo en rojo, echo un vistazo por si los veo. Por las mañanas, Jess suele estar en el jardín tomando café, sobre todo en verano. A veces, cuando la veo ahí, tengo la sensación de que ella también me ve a mí y me entran ganas de saludarla. Soy excesivamente consciente de mí misma. A Jason no lo veo tan a menudo porque suele estar de viaje de trabajo. Pero incluso si no están en casa, suelo pensar en lo que deben de estar haciendo. Esta mañana puede que se hayan tomado el día libre y ella esté tumbada en la cama mientras él prepara el desayuno, o quizá se han ido a correr juntos, porque ése es el tipo de cosas que hacen. (Tom y yo solíamos salir a correr juntos los domingos; yo lo hacía a un ritmo un poco más rápido de lo habitual en mí y él mucho más lento, así podíamos ir los dos juntos.) Tal vez Jess está en la habitación de sobra del piso de arriba, pintando, o quizá están duchándose juntos, ella con las manos contra las baldosas y él sujetándola por las caderas.

Martes, 9 de julio de 2013

Mañana

La pila de ropa de la semana pasada sigue ahí, y todavía parece más polvorienta y solitaria que hace unos

días. Leí en algún lugar que un tren puede arrancarte la ropa al impactar con tu cuerpo. No es tan inusual, morir atropellada por un tren. Dicen que sucede unas doscientas o trescientas veces al año; es decir, al menos uno de cada dos días. No estoy segura de cuántas de estas muertes son accidentales. Al pasar lentamente junto a la ropa, miro si hay algún resto de sangre, pero no veo ninguno.

Como es habitual, el tren se detiene en el semáforo y veo a Jess en el patio, de pie delante de las puertas correderas. Lleva un vestido con un estampado de color claro y los pies desnudos. Está mirando hacia la casa por encima del hombro. Es probable que esté hablando con Jason, que estará preparando el desayuno. Mientras el tren se vuelve a poner en marcha, mantengo la mirada puesta en Jess. No quiero ver las otras casas; en particular, no quiero ver la que hay cuatro puertas más abajo, la que era mía.

Viví en el número 23 de Blenheim Road durante cinco años, un periodo dichosamente feliz y absolutamente desgraciado. Ahora no puedo mirarla. Fue mi primera casa. No la de mis padres ni un piso compartido con otros estudiantes: *mi* primera casa. Ahora no soporto mirarla. Bueno, sí puedo, lo hago, quiero hacerlo, no quiero hacerlo, intento no hacerlo. Cada día, me digo a mí misma que no debo mirarla y cada día lo hago. No puedo evitarlo, a pesar de que ahí no hay nada que quiera ver y de que todo lo que

vea me dolerá; a pesar de que recuerdo claramente cómo me sentí la vez que la miré y advertí que el estor de color crema del dormitorio del piso de arriba había sido reemplazado por algo de un infantil color rosa pálido; a pesar de que todavía recuerdo el dolor que sentí cuando, al ver a Anna regando los rosales de la cerca, reparé en su prominente barriga de embarazada debajo de la camiseta y me mordí el labio con tal fuerza que me hice sangre.

Cierro los ojos y cuento hasta diez, quince, veinte. Ya está, ya ha pasado, ya no hay nada que ver. Entramos en la estación de Witney y luego volvemos a salir y el tren comienza a ganar velocidad a medida que los suburbios dan paso al sucio norte de Londres y las casas con terraza son reemplazadas por puentes llenos de grafitis y edificios vacíos con las ventanas rotas. Cuanto más cerca estamos de Euston, más inquieta me siento. Aumenta la presión: ¿qué tal será el día de hoy? Unos quinientos metros antes de que lleguemos a Euston, en el lado derecho de las vías, hay un sucio edificio bajo de hormigón. En un lateral, alguien ha pintado: «LA VIDA NO ES UN PÁRRAFO». Pienso en la pila de ropa a un lado de las vías y siento un nudo en la garganta. La vida no es un párrafo y la muerte no es un paréntesis.

Miércoles, 10 de julio de 2013

Mañana

Cada vez hace más calor. Apenas son las ocho y media y el calor ya aprieta y la humedad es altísima. Me gustaría que cayera una tormenta, pero hoy el cielo es de un insolente, pálido y acuoso azul. Me seco el sudor del labio superior. Desearía haberme acordado de comprar una botella de agua.

Esta mañana no veo a Jason y a Jess y siento una profunda decepción. Es una tontería, ya lo sé. Observo atentamente la casa, pero no se ve nada. Las cortinas de la planta baja están descorridas pero las puertas correderas están cerradas y la luz del sol se refleja en el cristal. La ventana de guillotina del piso de arriba también está cerrada. Jason debe de estar fuera por trabajo. Es médico, creo; seguramente trabaja en una de esas organizaciones que operan en el extranjero. Está siempre de guardia, con la bolsa preparada en el estante superior del armario. Cuando hay un terremoto en Irán o un tsunami en Asia, él lo deja todo, coge su bolsa y al cabo de unos minutos ya está en Heathrow, preparado para volar y salvar vidas.

En cuanto a Jess y sus atrevidos estampados, sus zapatillas de deporte Converse, su belleza y su presencia, trabaja en la industria de la moda. O quizá en el negocio de la música, o en publicidad; también po-

dría ser estilista o fotógrafa. Y además, pinta bien. Tiene una marcada vena artística. Ya la imagino en la habitación de sobra del piso de arriba, con la música a todo volumen, las ventanas abiertas, un pincel en la mano y un enorme lienzo apoyado en la pared. Estará ahí hasta medianoche; Jason sabe que no debe molestarla mientras está trabajando.

En realidad no puedo verla, claro está. No sé si pinta ni si Jason se ríe mucho ni tampoco si Jess tiene los pómulos marcados. Desde aquí, no puedo ver su estructura ósea y nunca he oído la voz de Jason. Ni siquiera los he visto nunca de cerca: cuando yo vivía en esa calle ellos todavía no vivían ahí. No sé exactamente cuándo se trasladaron. Creo que comencé a reparar en ellos hará cosa de un año y, poco a poco, a medida que fueron pasando los meses, se fueron volviendo cada vez más importantes para mí.

Tampoco conozco sus nombres, así que tuve que inventármelos. Jason, porque es tan atractivo como una estrella de cine británica; no en plan Depp ni Pitt, sino más bien Firth, o Jason Isaacs. Y Jess simplemente porque queda bien con Jason y a ella le pega. Hace juego con lo guapa y despreocupada que parece. Son un dueto, un equipo. Y son felices, lo noto. Son lo que yo era, son Tom y yo hace cinco años. Son lo que perdí, son todo lo que quiero ser.

Jueves, 11 de julio de 2013

Tarde

He estado pensando en Jess todo el día y no he podido concentrarme en nada salvo en lo que he visto esta mañana. ¿Qué es lo que me ha hecho pensar que algo iba mal? A esa distancia no podía verla bien, pero he tenido la sensación de que estaba sola. Más que sola: abandonada. Quizá efectivamente lo estaba, quizá él ha viajado a uno de esos países calurosos a los que acude para salvar vidas. Y ella lo echa de menos y se preocupa aunque sepa que él tiene que ir.

Claro que lo echa de menos, igual que yo. Jason es amable y fuerte, todo lo que un marido debería ser. Y los dos forman un auténtico equipo, puedo verlo, lo sé. La fuerza de Jason, la actitud protectora que irradia, no quiere decir que ella sea débil. Ella es fuerte de otro modo: las conexiones intelectuales que realiza lo dejan a él con la boca abierta de admiración; es capaz de diseccionar el meollo de un problema y analizarlo en el tiempo que otras personas tardan en decir buenos días. En las fiestas, él suele cogerla de la mano aunque hace años que están juntos. Se respetan mutuamente, jamás infravaloran al otro.

Esta tarde me siento agotada. Estoy completamente sobria. Algunos días me muerdo por beber; otros soy incapaz. Hoy, la simple idea hace que se me re-

vuelva el estómago. Pero la sobriedad en el tren vespertino es un desafío. Sobre todo ahora, con este calor. Una fina capa de sudor cubre cada centímetro de mi piel, siento un hormigueo en el interior de la boca y los ojos me escuecen cuando, al frotármelos, el rímel se me mete por las comisuras.

De repente, el móvil vibra en mi bolso, me sobresalta. Las dos chicas que van sentadas al otro lado del vagón se vuelven hacia mí y luego se miran entre sí e intercambian una sonrisa. No sé qué pensarán de mí, pero sé que no es algo bueno. El corazón me late con fuerza cuando cojo el teléfono. Sé que esto tampoco será algo bueno: quizá se trata de Cathy para pedirme amablemente que esta tarde le dé un descanso a la bebida. O de mi madre para decirme que la semana que viene estará en Londres y se pasará por mi oficina para ir a almorzar. Miro la pantalla. Es Tom. Vacilo durante un segundo y luego contesto.

—¿Rachel?

Durante los primeros cinco años, nunca fui Rachel. Siempre Rach. O, a veces, Shelley, porque él sabía que lo odiaba y le hacía gracia ver cómo me enfadaba y que, a pesar de ello, al final no pudiera evitar unirme a sus risas.

—Soy yo, Rachel —dice con voz plúmbea, parece cansado—. Escucha, tienes que dejar de hacer esto, ¿de acuerdo? —Yo no digo nada. El tren está aminorando su marcha y casi está enfrente de su casa, mi

antigua casa. Me gustaría decirle que saliera al patio y me permitiera verlo—. Por favor, Rachel, no puedes estar llamándome continuamente. Has de resolver tus problemas de una vez. —Siento un nudo en la garganta tan grande como un guijarro, prieto e inamovible. No puedo tragar. No puedo hablar—. ¿Rachel? ¿Estás ahí? Sé que las cosas no te van bien, y lo siento de veras pero... Yo no puedo ayudarte, y todas estas llamadas están molestando a Anna. Ya no te puedo ayudar más. Ve a Alcohólicos Anónimos o algo así. Por favor, Rachel. Cuando salgas hoy del trabajo, ve a una reunión de Alcohólicos Anónimos.

Me quito la sucia tirita del dedo y me quedo mirando la carne pálida y arrugada y la sangre reseca que hay en el borde de la uña. Entonces presiono con el pulgar de la mano derecha el centro del corte hasta que noto cómo se abre. El dolor es intenso y candente. Contengo el aliento y la herida comienza a sangrar. Las chicas que van sentadas al otro lado del vagón se me quedan mirando con el rostro lívido.

MEGAN

Un año antes

Miércoles, 16 de mayo de 2012

Mañana

Oigo cómo se acerca el tren; me conozco su ritmo de memoria. Coge velocidad al salir de la estación de Northcore y, tras tomar la curva, comienza a aminorar la marcha, el traqueteo da paso a un murmullo y, a veces, éste al chirrido de los frenos cuando el tren se detiene en el semáforo que hay a un par de cientos de metros de la casa. El café que descansa sobre la mesa se ha enfriado, pero me da mucha pereza levantarme y hacerme otro.

A veces ni siquiera miro pasar los trenes, sólo los escucho. Sentada aquí por las mañanas con los ojos cerrados y la anaranjada luz del cálido sol en los párpados, tengo la sensación de que podría estar en cual-

quier lugar. En el sur de España, en la playa; o en Italia, en Cinque Terre, con todas esas bonitas casas de colores y los trenes que llevan a la gente de una población a otra. O podría estar de vuelta en Holkham, con los chillidos de las gaviotas en los oídos, sal en la lengua y un tren fantasma pasando por las herrumbrosas vías que había a medio kilómetro.

Hoy el tren no se detiene, se limita a desplazarse lentamente. Oigo el ruido de las ruedas cuando pasan por el cambio de agujas y casi noto su balanceo. No puedo ver los rostros de los pasajeros, y sé que no son más que trabajadores que se dirigen a Euston para sentarse detrás de sus escritorios, pero eso no impide que sueñe con viajes más exóticos, con aventuras al final de la línea y más allá. Mentalmente, regreso una y otra vez a Holkham; es extraño que en mañanas como ésta todavía piense en ese lugar con tal afecto y nostalgia, pero lo hago. El viento en la hierba, el cielo extendiéndose sobre las dunas, la destartalada casa infestada de ratones y llena de velas, polvo y música. Ahora es todo como un sueño.

De pronto, noto que mi corazón se acelera ligeramente.

Luego oigo sus pasos en la escalera y la pregunta que me hace:

—¿Quieres otra taza de café, Megs?

El hechizo se ha roto, estoy despierta.

Tarde

Los dos dedos de vodka del Martini seco que me he servido me han hecho entrar en calor a pesar de la fresca brisa que corre. Estoy en la terraza, esperando que Scott vuelva a casa. Voy a intentar convencerlo para que me lleve a cenar al italiano de Kingly Road. Hace siglos que no vamos.

Hoy no he hecho mucho. Debería haber cumplimentado el formulario de admisión para el curso de telas de la escuela St. Martins, y he comenzado a hacerlo en la cocina, pero de repente he oído a una mujer gritando de un modo horrible y he pensado que estaban matando a alguien. He salido corriendo al jardín, pero no he visto nada.

Sin embargo, todavía podía oírla. En un tono de voz estridente y desesperado, la mujer ha exclamado entonces:

—¡¿Qué estás haciendo?! ¡¿Qué pretendes hacerle a la pequeña?! ¡Dámela! ¡Dámela!

He tenido la sensación de que ha estado gritando durante mucho rato, aunque probablemente sólo han sido unos segundos.

He subido corriendo a la terraza del piso de arriba y, a través de los árboles, he visto que unos cuantos jardines más allá, junto a la cerca, había dos mujeres. Una de ellas estaba llorando —o tal vez lo hacían las dos—, y también había un bebé desgañitándose.

He pensado en llamar a la policía, pero finalmente la situación se ha calmado. La mujer que gritaba se ha metido corriendo en casa con el bebé en brazos y la otra se ha quedado fuera. Luego también ella ha salido corriendo hacia la casa, pero ha tropezado y, tras ponerse otra vez en pie, se ha quedado dando vueltas por el jardín. Realmente extraño. Dios sabrá a qué se ha debido todo esto, pero es lo más excitante que me ha pasado en semanas.

Ahora que ya no voy a la galería mis días están vacíos. De veras lo echo de menos. Echo de menos hablar con los artistas, echo de menos tratar con todas esas aburridas mamás jóvenes que miraban embobadas los cuadros con un vaso de café de Starbucks en la mano mientras les decían a sus amigas que cuando su pequeña Jessie iba a la guardería pintaba mejor.

A veces, me entran ganas de ponerme en contacto con alguien de los viejos tiempos, pero luego pienso que no tendríamos nada de lo que hablar. Ni siquiera reconocerían a Megan, la suburbanita felizmente casada. En cualquier caso, no puedo arriesgarme a mirar atrás. Eso es siempre una mala idea. Esperaré a que termine el verano y buscaré un trabajo. Sería una pena desperdiciar estos largos días de verano. Ya encontraré algo, aquí o en otro lugar, sé que lo haré.

Jueves, 16 de agosto de 2012

Tarde

¡He dejado el trabajo!

Me siento mucho mejor, como si todo fuera posible. ¡Soy libre!

Estoy sentada en la terraza, esperando que llueva. El cielo está oscuro y las golondrinas revolotean nerviosamente de un lado para otro. El aire está preñado de humedad. Scott llegará a casa dentro de más o menos una hora y tendré que contárselo. Se enfadará un poco, pero ya se lo compensaré. Y no pienso quedarme en casa sentada todo el día: he estado haciendo planes. Podría hacer un curso de fotografía, o poner un puesto en el mercadillo y vender joyas. O aprender a cocinar.

Un profesor del colegio me dijo una vez que yo era una maestra de la reinención. Por aquel entonces, no entendí bien a qué se refería, pensaba que estaba intentando quedarse conmigo, pero ahora me gusta la idea. Fugitiva, amante, esposa, camarera, encargada de una galería, niñera y, entre medias, algunas pocas cosas más. Así pues, ¿qué quiero ser mañana?

En realidad, no tenía intención de dejarlo, pero las palabras han salido de mi boca. Estábamos sentados a la mesa de la cocina, Anna con el bebé en el regazo y Tom —que había regresado un momento para coger algo— tomándose una taza de café y, de repente, todo

me ha parecido ridículo, no tenía ningún sentido que yo estuviera ahí. Todavía peor: me sentía incómoda, como si fuera una intrusa.

—He encontrado otro trabajo, así que ya no podré seguir viniendo —he dicho sin pensar de verdad en ello.

Anna se me ha quedado mirando fijamente. Dudo que me haya creído. Al final, se ha limitado a decir:

—¡Oh, qué pena!

Pero he notado que no lo decía en serio. Parecía aliviada. Ni siquiera me ha preguntado en qué consistía el otro trabajo (por suerte, porque no tenía preparada ninguna mentira convincente).

Tom se ha mostrado un tanto sorprendido.

—Te echaremos de menos —ha dicho, pero también era mentira.

La única persona que estará realmente decepcionada es Scott, de modo que he de pensar en qué le diré. Tal vez podría decirle que Tom estaba tirándome los tejos. Eso pondría punto final a la cuestión.

Martes, 25 de septiembre de 2012

Mañana

Esta mañana me he despertado temprano, pero he podido dormir unas cuantas horas, lo cual supone

una mejora respecto a la semana pasada. Al levantarme casi me sentía revitalizada, de modo que en vez de sentarme en la terraza, he decidido ir a dar un paseo.

Últimamente me he estado reclusando casi sin darme cuenta. Sólo voy a comprar comida, a las clases de pilates y al psicoanalista. De vez en cuando, voy a casa de Tara. El resto del tiempo lo paso encerrada en casa. No me extraña que esté inquieta.

Salgo de casa, tuerzo a la derecha, luego a la izquierda y enfilo Kingly Road. Dejo atrás el pub The Rose. Antes íbamos siempre; no consigo recordar por qué dejamos de hacerlo. A mí nunca me gustó mucho: demasiadas parejas de treinta y largos años bebiendo excesivamente mientras escudriñan el local en busca de algo mejor y se preguntan si tendrán el valor necesario. Quizá por eso dejamos de ir, porque no me gustaba. Dejo atrás el pub, pues, y también las tiendas. No quiero ir muy lejos, sólo dar una pequeña vuelta para estirar las piernas.

Es agradable estar en la calle temprano, antes de que los padres lleven a los niños a la escuela y de que los trabajadores acudan a sus empleos; las calles están vacías y limpias, y el día lleno de posibilidades. Vuelvo a girar a la izquierda y me dirijo hacia el pequeño parque infantil, el único —y más bien pobre— espacio verde del que disponemos. Ahora está vacío, pero en unas pocas horas estará repleto de niños peque-

ños, madres y *au pairs*. La mitad de las chicas de pilates también estarán aquí, vestidas de la cabeza a los pies con ropa deportiva *Sweaty Betty*, estirando los músculos competitivamente y con una taza de café Starbucks en sus cuidadas manos.

Sigo adelante y llego a Roseberry Avenue. Si girara por esta calle, llegaría a mi galería —o a lo que antes era mi galería y ahora un escaparate vacío—, pero no quiero hacerlo, porque eso es algo que todavía me duele un poco. Hice todo lo posible para que funcionara, pero la abrí en el lugar equivocado y en el momento equivocado: en los suburbios no interesa el arte, no con esta situación económica. En vez de eso, pues, tuerzo a la derecha y paso por delante del Tesco Express, luego por delante del otro pub, ése al que va la gente de la zona, y emprendo el camino de vuelta a casa. Ahora siento mariposas en el estómago. Estoy comenzando a ponerme nerviosa. Temo toparme con los Watson, porque cuando nos vemos la situación resulta algo incómoda. Está claro que no tengo ningún trabajo nuevo y que mentí porque no quería seguir trabajando para ellos.

O, más bien, la situación resulta incómoda siempre que la veo a ella. Tom simplemente me ignora. Anna, en cambio, parece tomarse las cosas de forma personal. Está claro que piensa que mi corta carrera como niñera llegó a su fin por culpa de ella o tal vez de su hija. En realidad, *su hija* no tuvo

nada que ver, aunque el hecho de que no dejara de llorar tampoco la hacía demasiado adorable. Es todo mucho más complicado, aunque claro está, a ella no puedo explicárselo. En cualquier caso, supongo que ésta es una de las razones por las que he estado recluida, para evitar ver a los Watson. Una parte de mí espera que simplemente se muden. Sé que a ella no le gusta nada vivir aquí: odia la casa, odia vivir entre las cosas de la exesposa de él, odia los trenes.

Me detengo en la esquina y me quedo mirando el paso subterráneo. Ese olor a frío y humedad siempre me provoca un pequeño escalofrío. Es como levantar una roca para ver qué hay debajo: humedad, gusanos y tierra. Me recuerda a cuando de niña jugaba en el jardín y buscaba ranas en el estanque con Ben. La calle está despejada —no hay señal alguna de Tom o Anna—, y la parte de mí que no puede resistirse a un poco de melodrama se siente algo decepcionada.

RACHEL

Viernes, 12 de julio de 2013

Mañana

Estoy agotada y con la cabeza abotargada por el sueño que tengo. Cuando bebo, apenas puedo dormir. Pierdo completamente el conocimiento durante una hora o dos y luego me despierto, presa del miedo y asqueada conmigo misma. Los días en los que no bebo nada, en cambio, por la noche me quedo sumida en el más pesado de los sueños y caigo en una profunda inconsciencia. Al día siguiente, no consigo despertarme del todo y continúo adormilada durante horas, a veces incluso todo el día.

Hoy hay poca gente en mi vagón y ninguna en mi vecindad inmediata. Nadie me está mirando, así que apoyo la cabeza contra el cristal y cierro los ojos.

El chirrido de los frenos del tren me despierta. Estamos en el semáforo. A esta hora de la mañana, en esta época del año, el sol ilumina directamente la parte posterior de las casas que hay junto a las vías, inundándolas de luz. Casi puedo sentir la calidez de esos rayos de sol matutinos en el rostro y los brazos mientras permanezco sentada a la mesa del desayuno, delante de Tom, con los pies sobre los suyos porque siempre están mucho más calientes que los míos y con la mirada puesta en el periódico. Él me sonríe y yo me sonrojo; noto cómo el rubor se extiende desde mi pecho hasta el cuello, tal y como siempre hacía cuando él me miraba de un modo determinado.

Parpadeo con fuerza y Tom desaparece. Todavía estamos en el semáforo. Veo a Jess en el jardín y, detrás de ella, a un hombre que sale de casa. Lleva algo en las manos —una taza de café, quizá— y, al mirarle bien la cara, me doy cuenta de que no se trata de Jason. Este hombre es más alto, más delgado, más oscuro. Debe de ser un amigo de la familia; o quizá un hermano de ella, o de Jason. El tipo se inclina y deja la taza sobre la mesa metálica del patio. Tal vez se trata de un primo de Australia que ha venido a pasar un par de semanas, o el más viejo amigo de Jason (que hizo de padrino en su boda). Jess se acerca a él, coloca las manos alrededor de su cintura y le da un largo y profundo beso. El tren se pone en marcha.